

SEVILLA



Santiago Fernández (izq.) y sus familiares miran la exhumación de los dos fusilados, el miércoles en El Álamo. / EDUARDO DEL CAMPO

«Prometí a mi madre llevarle los restos de su hermano»

Una promesa familiar lleva a exhumar de su fosa sin nombre los huesos de dos mineros fusilados en la aldea de El Álamo en 1938

EDUARDO DEL CAMPO / El Álamo
Santiago Fernández Fernández, jubilado de banca de 62 años y vecino de Osuna, le hizo una promesa póstuma a su madre, Hipólita, ante su lecho de muerte. «Al medio segundo, estando aún caliente, le prometí que yo le llevaría los restos de su hermano y averiguaría lo que sucedió». Once años y medio después, está a punto de cumplir. A su lado asoman los esqueletos, uno sobre otro, de su tío Emilio y de su compañero José.

Un equipo de voluntarios de la Asociación por la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH) venido de León y dirigido por el arqueólogo René Pacheco ha dejado este miércoles a la vista los restos de los dos hombres, 73 años después de que los asesinaran en El Álamo. La excavación en esta aldea del municipio sevillano de El Madroño, limítrofe con la cuenca minera onubense, comenzó el martes y esa tarde localizaron la fosa, ayudados por testimonios como el de una vecina y prima de Emilio,

Esperanza Martín Rubiano, que recordaba el sitio donde estaban enterrados a la sombra de las encinas porque les llevaban flores.

Es la primera exhumación en España de víctimas de la represión franquista en la Guerra Civil tras las elecciones del 20 de noviembre. No saben si el nuevo gobierno del PP, con el argumento de la crisis u otro, suprimirá o no las exiguas ayudas que desde 2007 y al amparo de la Ley de la Memoria Histórica concede el Ministerio de Presidencia para exhumaciones, ayudas limitadas a un máximo de 60.000 euros para una sola excavación por asociación. Ésta se ha hecho sin subvenciones.

Marco González, de la ARMH, dice que seguirán con o sin ayudas estatales como hacen desde 2000. En once años han podido exhumar los restos de apenas 5.000 fusilados de los 113.000 que se calcula que hay repartidos por fosas de toda España. A este ritmo y sin un plan estatal sistemático tardarían en sacarlos e in-

vestigarlos a todos... Dos siglos.

Santiago enseña una foto sepia de su tío con corbata y chaqueta, y cuenta qué ha averiguado de él. Se llamaba Nicomedes Valeriano Emilio Fernández Rubiano, Emilio para la familia, tenía 33 años y estaba soltero. Nació en la aldea de Villagordo, al igual que El Álamo perteneciente a El Madroño, aunque vivía en la ve-

Emilio Fernández Rubiano se entregó y al día siguiente lo mataron con José

Dejaron tirados los cadáveres pero su tío Francisco los enterró en la cuneta

cina Nerva, en Huelva. Trabajaba desde 1927 en la compañía británica Riotinto de «zafrero, piquero, rellenador, en la bocamina...». Lo mencionan como dirigente socialista local o anarquista de la CNT. «Dicen que tenía una bondad muy grande».

En 1935 despidieron y desterraron a su tío por haber participado el año anterior, el de la «revolución», en las huelgas mineras. Le dieron como «socorro» por su despido cien pesetas y él eligió El Álamo como lugar de «destierro» para asentarse allí con su madre y sus hermanas. Tras la victoria del Frente Popular, el 10 de julio de 1936 se incorporó a su antiguo trabajo junto a su compañero José Martín García, de Villalba (otras fuentes dicen que se llamaba José Gómez Martín), al que habían despedido a la vez.

Sólo duraron una semana en la mina, hasta el golpe militar del 18. Los mineros plantaron cara y la represión de las fuerzas rebeldes, que tomaron Nerva el 26 de agosto, se recrudeció aún más. El hermano mayor de Emilio, Benito, con dos hijos y la mujer embarazada, murió en un enfrentamiento armado en el Barranco del Palmitoso el 22 de diciembre de 1936. Su hermano Emilio, como miles de vecinos de la zona, huyó al monte. Luego se escondió en la casa familiar en Nerva. El bando del general Queipo de Llano de 1938 animó a los republicanos a entregarse diciendo que los que no tenían las manos manchadas de sangre no sufrirían daños.

«Mi tío, para evitar represalias contra su madre [Eleuteria, conocida como María] y las dos hermanas que vivían con él [Ricarda y Plácida; Hipólita trabajaba en Sevilla], se presentó el 10 de febrero, con la promesa de que no le pasaría nada. Y le pasó. En la madrugada del día 11 lo asesinaron aquí», en la cuneta, a unos 300 metros a la salida de la aldea hacia Villagordo. Tenía 33 años. Para matarlo, lo trajeron desde Nerva hasta El Álamo, donde vivía parte de la familia. En la zona hay más fosas sin abrir.

No saben quiénes mataron a los dos mineros, aunque sospechan que fueron hombres del capitán de la Guardia Civil José Robles Alés. «Los dejaron ahí para que se los comieran los perros y las alimañas», dice Santiago. Lo impidió un tío materno de Emilio, Francisco, que a unos cinco metros de la carretera pendiente abajo, en el borde derecho del camino que se bifurca para adentrarse en una finca, cavó una fosa a unos 20 centímetros de profundidad (años después cubrieron la zona con tierra y pizarra), con las dimensiones justas para que cupieran los dos cadáveres, colocados boca arriba y rectos uno encima del otro, aunque al revés: el de arriba con sus pies sobre el torso y la cabeza del de abajo.

Santiago cree que de los dos es-

queletos su tío es el de abajo, el que está rodeado con restos de una tela que ahora parece madera podrida negra, porque les dijeron que el tío Francisco lo tapó con una especie de capote de trabajo. Para confirmarlo esperan a las pruebas de ADN.

Cuenta que llevará los huesos de su tío al cementerio de Osuna para inhumarlos junto a los de su madre. Como le prometió. Respecto a los restos del otro minero, que creen que es su compañero José, de 27 años, Cecilio Gordillo, del grupo de recuperación histórica de la CGT, dice que pedirá al Ayuntamiento de El Madroño que los entierre en su cementerio, con la lápida con su nombre que no ha tenido en 73 años.

Santiago asiste a la exhumación de su tío asesinado con sus hermanas Rosario y María, su prima Emi-

Trámites sin pena

Cuenta Santiago Fernández que la búsqueda de los restos de su tío Emilio se aceleró tras visitar El Álamo en julio. Era la primera vez en su vida que iba a la aldea del crimen que marcó a su madre. La exhumación la ha costado la ARMH. Hubo que pagar 63 euros a la Diputación como tasa por excavar junto a una carretera suya, y conseguir el permiso del dueño de la finca, José Martín Martín, que les facilitó la tarea y dijo que no sabía que había allí dos enterrados. La alcaldesa no puso impedimentos. Cuando el martes hallaron los huesos, la Guardia Civil (cuya actitud de colaboración alaban) envió a un equipo de Policía Judicial. También vino el forense para documentar la exhumación y confirmar que son esqueletos de más de veinte años de antigüedad. Como el crimen ha prescrito y sus ejecutores no identificados fueron amnistiados por la Ley de 1977, ya sólo queda llevarse los huesos.



Nicomedes Emilio Fernández Rubiano. / ÁLBUM FAMILIAR

lia Moreno Fernández (hija de Plácida) y el marido de ésta, Cándido. «Me alegro de estar aquí», le confía Emilia a Santiago abrazándose a él. «Esto era una necesidad», dice Rosario llorando con alivio. Los jóvenes Javier y Rafael, dos de los cuatro hijos de Santiago, ayudan en la exhumación de su antepasado. Desde lo alto de la fosa, los mayores contemplan el desentierro con los ojos húmedos. Reina un ambiente de calma y respeto. Ni una palabra de rencor.

El arqueólogo les pide que bajen para explicarles las conclusiones del trabajo frente a los restos de los dos hombres, cuando ya han despejado la tierra que cubría sus clavículas, sus fémures, sus húmeros, sus dientes sueltos, sus cráneos deshechos por la naturaleza. «No tenemos boca para daros las gracias», le dice María. «Hasta 2011», sentencia Cándido sobre la larga espera. «Aquí está», confirma Javier, cerrando la búsqueda. «Y mañana si Dios quiere ya no estará», añade María.